

Catalina era blanda de corazón. Su hermosura no era para trastornar á condes y marqueses, pero soñaba románticas aventuras, y si algún galán se hubiera atrevido á requebrarla, seguramente no hubiera opuesto mucha resistencia.

Así lo tenía decidido, pero nadie había puesto á prueba su inocencia.

Dijo á Ivona que el conde Hugo había llegado en la tarde con su amigo el barón Ncel Bresson que el anciano Rebec la había llamado para festejar al padrino; que todos se habían levantado; y que ella y Gertrudis habían dicho que la señorita estaba enferma y que necesitaba descanso.

El administrador nada había dicho, pero bien se vió que no estaba convencido. El conde Hugo, se había ido á sus habitaciones contrariado.

Un momento después el anciano había subido al cuarto de su hija y lo había hallado vacío.

Gertrudis y Catalina, aterradas, le habían visto pasearse recibiendo la lluvia, y temblaban de espanto.

¿Qué iba á pasar?

Catalina se felicitaba, en medio de todo, de la dulzura del padre.

—Ya que está hecho el mal, no hay que desesperarse.

Hizo acostarse á Ivona y no la dejó hasta que le prometió dormirse.

Y, en efecto, en cuanto se retiró Catalina, después

de haberla acomodado en la cama con la tierna solicitud de una nodriza, la infeliz, desfallecida y quebrantada, cayó en un profundo sueño, lleno de pesadillas.

IV

CABEZAS DE GRANITO.

La fatalidad se mezclaba en las aventuras de Ivona para agobiarla con su peso.

Al recibir días antes el aviso de Juan María, el barón había sentido una impresión mezcla de indignación y asombro.

Inflexible tocante al honor y á la probidad, respetaba á las mujeres.

No pensaba como muchos filósofos excépticos ó, por mejor decir, cénicos, que las conceptúan seres inferiores, encantos de los ojos, satisfacción de brutales apetitos, á las que nada puede pedirse, fuera de sensuales placeres.

El barón rendía culto al sexo á que debemos nuestras madres, nuestros más delicados gozos y—fuerza es decirlo, nuestros más grandes dolores.

Además, en la intimidad de siete años había acostumbrado á ver en Luisa una hermana, honra de su casa y flor sin rival de su huerto.

Hubiera querido que fuese inocente, á pesar de las apariencias que la condenaban.

Cada nuevo cargo le desilusionaba cruelmente.

Gracias á su austeridad felina, á sus cariñosos modales, á su ingenio sutil y contenido, Luisa habia logrado captarse su simpatía, apoderarse de él, á pesar de la dificultad de la conquista, y adormecerle hasta el punto de no despertar sino al horrendo estallido de la muerte de su hermano.

Aquella mujer se habia burlado de los Bresson desvergonzadamente.

Los habia engañado, á pesar de su sagacidad, como á unos pobres diablitos.

Pero se habia hecho la luz.

El dudar ya hubiera sido absurdo.

Dos palabras habian bastado para excitar los celos de Luisa y precipitar su marcha.

El apresuramiento para reunirse á su cómplice era una prueba evidente.

Siempre es el corazón el punto vulnerable de la mujer.

Por muy poco que tuviese Luisa, le habia vendido el suyo.

Creyendo conjurado el peligro, se quitaba la máscara.

A su juicio, los dos amantes habian representado bastante tiempo la comedia de la separación.

El barón los esperaba con la paciencia de un cazador en acecho.

Limitaban el sacrificio al plazo exigido por las conveniencias.

Espirado este plazo, comenzarían las indiscreciones.

Habia llegado la ocasión de promoverlas y de aprovecharlas.

El barón debia seguir de cerca la intriga cuyos hilos estaban en su mano.

Antes de partir, conferenció con sus dos amigos Renaudet y el condé Hugo.

Los tres aliados se reunieron en el café Inglés en el mismo gabinete donde veintitrés años antes se habian prometido mútuo auxilio.

El fin misterioso de Santiago Bresson era una herida abierta en el corazón de los tres sobrevivientes: aquel fin les atormentaba como un enigma cuya solución no logramos.

Juraron de nuevo hallar la clave que entrevesan ya tan claramente como si estuviera escrita en la pared con caracteres de fuego.

Renaudet y el barón conocian, tan bien como el notario del duque, la situación financiera de éste y creían, que con el pretexto de su amor verosmilitada la belleza de Luisa, habia preparado una odiosa maquinación para apoderarse de la fortuna de Santiago á la par que de la mano de su viuda.

Noel, gracias á aquellos renglones precipitadamente escritos por su hermano, tenia en su poder el medio de desbaratar aquel cálculo, y si ocultaba el testamento, era para utilizarlo á última hora.

Pero no le bastaba arruinar á los culpables, necesitaba arrancarles el honor y la vida.

¡El talión!

¿No era justo, por ventura?

Al fin de la comida, al separarse los tres amigos:

—Vela aquí, dijo el banquero á Renaudet que quedaba en Paris. Nosotros velaremos allá.

Al día siguiente por la mañana Noel Bresson y Plelau tomaron el expreso de Bretaña en la estación de Montparnasse.

Plelau se alegraba de volver al Morbihan.

En obsequio del barón había hecho el sacrificio de permanecer con él en Paris para hacerle más llevadera la muerte de su hermano.

Pero el conde estaba cansado de Paris.

La idea de volver á su antigua casa nativa, á sus árboles, á sus granjas, á sus jardines y selvas le regocijaba infinito.

Pensaba sobre todo en su pequeña Ivona, que debía haberse desarrollado y estaría fuerte como una mujer robusta.

No era este el menor aliciente de su viaje.

El conde Hugo sentía verdadero amor paternal por su ahijada.

Ocupaba en su corazón el puesto de los hijos de que carecía.

Es una verdadera necesidad la adopción de algún ser débil, á quien proteger con cariño.

Ivona era el ser débil adoptado por el conde.

El viaje fué bastante silencioso.

El barón Noel meditaba sus planes.

Se acercaba la hora de la catástrofe.

Sería preciso condenar sin compasión y el cargo de juez, que se proponía desempeñar fríamente, pesaba terriblemente sobre su alma.

Pero ninguna contemplación le detendría.

Tenía decretado el castigo, y su alma era inflexible como la más dura roca.

Había cerrado la noche cuando los viajeros dejaron el tren en la estación de Montauban de Bretaña.

Este Montauban, no es como su omónimo del Mediodía, sino un lugar sin pretensiones.

Los dos amigos no tenían prisa.

Nadie les esperaba

Habían pensado pasar allí la noche.

Pero cambiaron de propósito.

La tierra natal nos atrae con más fuerza cuanto más próximos estamos á ella.

Alquilaron una berlina que databa de los mejores tiempos de la restauración, y en semejante carricoche, tirado por dos jamelgos, emprendieron su camino.

El barón Noel pasaría la noche en Plelau, en casa de su amigo.

Los días que el banquero pasaba lejos de su cuñada le parecían de fiesta y descanso.

Era trabajo penoso el de fingir sin cesar y poner buena cara á la más odiosa enemiga.

La llegada á Plelau se retrasó mucho, por la torpeza de los jacos y pesadez del carruaje.

La enorme máquina entró en la avenida dos horas después de haberla atravesado á pie la infeliz Ivona, para visitar al duque, cuando la tempestad estallaba violentamente á una legua de distancia.

El conde Hugo encendió un fósforo y miró su reloj.

Eran cerca de las doce.

Al ruido de los cascabeles ladraron los perros; las ventanas se abrieron unas tras otras, y por todas partes se oían exclamaciones de júbilo.

Catalina y Gertrudis corrieron á recibir á los amos.

Sus rostros estaban rojos de alegría.

—¡Es el señor! ¡Jesús, qué hora de venir y sorprendernos á todos!

Lorenzo Rebec abrió de par en par las puertas. Era un continuo ir y venir de faroles.

Parecía la resurrección de una casa muerta.

El conde Hugo, que lo examinaba todo con placer, parecía buscar algo que no se presentaba.

—¿Anda bien todo, Rebec? dijo.

—Todo, señor conde.

—¿Personas y cosas?

—Sí, gracias á Dios y á la Virgen Maria.

—Llegamos á tiempo. La tempestad descarga hacia Langou.

—Sobre la hacienda del duque, añadió el anciano Rebec. Mala noche para los rondadores nocturnos. Buena mojadura les espera.

—Llueve á cántaros, dijo intencionadamente

Gertrudis. No está el tiempo para andar de camino.

Catalina dió un codazo á Gertrudis que añadió:

—Mejor es dormir.

El conde Hugo continuaba buscando.

Ordinariamente Ivona era la primera que se presentaba á abrazarle. Parecía como que presentía su regreso.

Catalina tuvo una buena idea.

Acercóse al conde y le dijo.

—Está enferma, señor conde. Duerme y no lemos querido despertarla.

El conde respiró.

—Dejadla, dijo, mañana la veré.

Acompañó al barón á su cuarto y todo volvió á su estado normal.

Las luces se fueron apagando.

El anciano Rebec nada había dicho, pero lo había visto todo.

Había observado que Catalina indicaba á Gertrudis que callase.

La ausencia de su hija le extrañaba también.

Si el conde Hugo adoraba á su ahijada, Ivona no quería menos á su padrino.

De no estar moribunda hubiera salido á recibirle, y la berlina había hecho ruido capaz de despertar á un muerto.

El honrado administrador esperó á que todo el mundo estuviera en su alojamiento, y fué á llamar á la puerta de su hija.

Catalina tembló entre sus sábanas de castaño, gordas como velas de navío.

Gertrudis, menos sencible, proveía una quimera.

Rebec, no obteniendo contestación, empujó la puerta y vió el cuarto vacío.

Ni siquiera estaba deshecha la cama.

Fué un golpe de maza que le sumió en la desesperación más profunda.

No dió un grito. Apagó su linterna, bajó sin hacer ruido y se apostó en la casa para esperar á la culpable. No sentía la lluvia que caía á torrentes.

Ya hemos dicho lo demás.

Al día siguiente se levantó con el alba.

Fué á la capital del distrito, y consultó al juez de paz sobre la conducta que debía seguir.

Luego se dirigió en busca del notario, le trajo en su coche y se encerró con él en la sala que le servía de despacho.

El conde Hugo había llevado á su amigo Noel á Soaer, á casa de las nueve.

Quando volvió á las once, tenía preparado el almuerzo, pero Ivona no se había atrevido á presentarse.

El conde almorzó sin apetito.

Le atormentaba la ausencia de la joven, y todos los rostros le parecían extraños, y contrariados.

¿Qué ocurría?

No se atrevía á preguntar temeroso de alguna noticia triste.

Demasiado pronto se saben.

A las doce, el anciano Rebec le rogó que pasase á su despacho para un asunto importante.

El notario estaba sentado delante de una mesa con un legajo de papeles al alcance de la mano.

El administrador había reservado para el conde su sillón, y se lo ofreció.

Y cuando el señor de Plelau ocupó su sitio, preguntándose con inquietud qué significaría aquella extraordinaria ceremonia, Lorenzo Rebec llamó á Gertrudis, que andaba por allí, toda curiosa, y le dijo:

—¡Que venga mi hijal

El conde había guardado silencio hasta entonces; pero comprendiendo por la orden de Rebec que se trataba de Ivona, no pudo contener una pregunta:

—Pero ¿qué significa todo esto, Rebec?

—Esto significa que en Plelau pasan cosas muy tristes, señor conde.

—¿Qué cosas?

—Cosas que nunca hubiera creído ver, pero que existen. Y como usted es el señor y el padrino de Ivona, me he permitido citarle.

El anciano hablaba con una mansedumbre amenazadora, indicio de profunda irritación y de una explosión próxima.

Se conocía que hacía violentos esfuerzos para contenerse.

El conde se devanaba los sesos por imaginar la causa de aquella sorda cólera, y que estaba tranquilo,

Supuso una elección de marido contraria á las miras del padre, algún capricho de muchacha, corroborando su hipótesis las noticias acerca de la hilación del casamiento de su ahijada con Corentino.

Pero cuando se presentó Ivona, pálida como una muerta, desfallecida, con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas, el conde sintió verdadero espanto.

La cosa era más grave de lo que había creído.

Con un ademán mandó á la infeliz que se acercase.

Ivona se aproximó vacilando, como retenida por el sentimiento de su indignidad, pero él la agarró bruscamente por la muñeca y la strajo á sí, diciéndole con conmovedora ternura:

—Vamos á ver, ¿qué hay?

Entonces Ivona estalló en sollozos, sin contenerse ya.

Pero no desplegó los labios.

—Cuéntame tus penas, añadió el conde en voz baja, con indulgencia de madre ó de confesor.

El señor de Plelan tenía cincuenta años, bigote gris y escasos cabellos. Su roseto, ya arrugado, agradaba por su bondadosa expresión. Sus ojos azules tenían indecible dulzura. Médico por obedecer impulsos de caridad, miraba con extremada indulgencia las debilidades humanas que le eran muy conocidas.

Al mirar á Ivona lo comprendió todo compade-

ció profundamente á la pobre niña sin madre, expuesta por su hermosura á tantas concupiscencias.

No le preguntó más y esperó, reteniendo á Ivona junto á sí, conservando su mano entre las suyas, como para atenuar el golpe que iba á recibir, y prometiéndole con un beso en la frente su cariñosa protección.

—Estoy yo aquí, murmuró á su oído.

Ivona sonrió, con sonrisa que sólo el conde distinguió á través de las lágrimas de su ahijada.

—No temas, volvió á decir.

—Señor conde, comenzó el anciano Rebec, voy á rendir cuentas á mi hija y á entregarle la parte de su madre. No ha llegado á la mayor edad, pero el juez dice que se la puede emancipar. Por otra parte, entre nosotros no hacen falta grandes formalidades, porque aunque Ivona no sea ya lo que hubiera debido ser, creo que en cuestión de intereses continuará siendo honrada. El notario ha hecho el cálculo y la va á enterar de sus derechos.

—Padre, le suplico..... murmuró Ivona.

—Cállate, mandó Rebec.

Vista la insistencia del administrador, tomó la palabra el notario.

Leyó una serie de observaciones, y terminó en esta forma:

«De lo precedente resulta que la señorita Ivona-Juana-Isabel Rebec tiene derecho, como heredera de su difunta madre, á una suma de once mil novecientos veintidos francos, cincuenta céntimos,

que le han sido entregados inmediatamente por su padre Lorenzo Pedro Rebec, al que se otorga el correspondiente recibo.»

El anciano alineó sobre la mesa doce columnas de luises, ya contados, y dijo:

—¡Oüental!

Ivona no se movió.

—¿Qué se propone usted? preguntó el conde.

—Lo siguiente: Para no ser ludibrio de las gentes del país, que nos apuntan con el dedo, me separo de mi hija, á quien no quiero volver á ver. Con ese dinero puede irse á un convento donde acaso la reciban, y si no á otro sitio.

—¡Rebec, juicio, por Dios!

—Tengo mi idea y nadie me hará desistir. Es preciso que nos separemos. Quizá me dejaría llevar de arrebatos de que luego me tendría que arrepentir. Usted, señor conde, es muy dueño de tenerla aquí si quiere. Yo haré mi maleta y dejaré la casa muy á mi pesar. Hace tanto tiempo que en ella vivimos, que la considero mía.

—No se irá usted de Plelau, dijo el conde, pero no puede usted echar á Ivona.

—Eso es lo que he resuelto.

—¿A dónde quiere usted que vaya?

—¿A dónde? A casa de su querido, dijo el anciano sin exaltarse, pero con inquebrantable resolución, á casa del hombre que ella ha elegido por su voluntad. Me creerán acaso algo duro, pero no se reirán de mí.

—¡Rebec!

—Está dicho, señor conde. ¡Ella ó yo! Elija usted.

—Ninguna queja tengo de usted, Lorenzo, y además es usted el jefe de su familia. Haga usted lo que le parezca.

No insistió. Conocía las cabezas del Morbihan; hubiera sido lo mismo que pensar en remover las rocas de Peumarch ó la punta del Raz, que las olas valen desde la creación, sin haberles quitado una pulgada.

El administrador se dirigió á su hija.

—¡Ea! dijo, toma el dinero y vete.

Ivona se arrodilló ante el anciano.

—¡Padre mío, suplicó, compadézcase usted de mí!

Rebec se mordió los labios, pero no contestó.

—¡Per mi santa madre! añadió Ivona juntando las manos.

Das lágrimas rodaron por las mejillas del anciano, pero continuó callado.

—Señor Rebec, dijo entonces el notario, hay que perdonar.

El buen hombre hizo un esfuerzo sobrehumano y contestó:

—No.

Y volviéndose hacia su hija:

—Vete, volvió á decir.

Ivona se levantó, se enjugó las lágrimas y salió sin pronunciar una palabra.

—Le hará usted que reciba el dinero, señor Treleuc, dijo el administrador al notario.

El conde siguió á la joven y la alcanzó en el terrado del castillo.

— ¡Ivona! exclamó tendiéndole los brazos.

La joven le abrazó desolada.

— ¿Con qué es verdad?

— ¡Ay!

— ¿Tenías un amante?

— ¡Estaba local!

— ¿Qué vas á hacer?

— ¡No sé!

— ¡No hagas nada sin contar conmigo!

Ivona suspiró y los sollozos ahogaron su voz. — Vete á llorar, le dijo tiernamente el padrino. Eres demasiado bella, ¿lo ves? y la hermesura á veces es un don fanesto. Vete á llorar.....

Y estrechándola contra su pecho, repitió con inefable dulzura:

— Sobre todo, no temas: estoy yo aquí.

La vió subir la escalera de granito y no se retiró del terrado hasta que oyó el ruido que la joven hizo al cerrar la puerta.

Se alejó entonces y se puso á pasear entre los grandes árboles pensando en la escena que le causaba penosa impresión.

No se informó del nombre del seductor.

Lo había adivinado.

Y le juró una execración racional y feroz.

Pero quiso tener pruebas, y queriendo evitar á la joven, á quien amaba más desde que era desdichada, la vergüenza de una confesión, se dijo:

— Velaré.

VII

SECRETO MORTAL.

«Señor duque:

Anoche me estaba esperando mi padre. Me ha detenido cuando me dirigía á mi cuarto. He expiado mi culpa en uno de esos minutos imposibles de olvidar. Esta mañana me ha arrojado de su casa. Le conozco bien, Inflexible en cuestiones de honor, jamás me perdonará. He servido á usted de juguete: no ha tenido usted nunca ni sombra de aquel grande amor de que me hablaba. No sé que hacer y no puedo resignarme á avergonzarme toda la vida ante los seres amados y ante mi hijo que me echaría en cara su nacimiento.

«Voy á morir sin sentir dejar la vida.

«Le perdono el mal que me ha hecho.

«Que Dios le perdone también. Adios.

«Ivona.»

Metió la carta en un sobre, en el que escribió:

«Señor duque Huberto de Vaudrey-Laugou, en Laugou.»

Escribió otras dos cartas, una pidiendo perdón